

El gran drama de las energías renovables



Iñaki Garay

Redactor jefe de Opinión

El gran drama de las energías renovables es que todo el mundo habla de ellas, todos las alaban y las defienden por su condición de 'limpias', pero nadie sabe lo que cuestan. Es más, si lo supieran, probablemente no estarían dispuestos a pagarlas. La decisión que ha tomado el Gobierno de reducir la prima que actualmente cobran algunos productores de energías renovables, fundamentalmente eólica, va a traer polémica en los próximos meses. Algunos pondrán el grito en el cielo porque siempre es fácil criticar una decisión que parece "poco progresista", sobre todo cuando todavía está tan caliente el tema del *Prestige*. Otros protestarán porque habían encontrado en este nicho de mercado un chollo y verán en esta decisión un atentado contra sus intereses particulares. Seguramente, desde la oposición la torpedearán los mismos que no hace mucho demandaban nuevas bajadas de tarifas eléctricas. Y lo harán porque en este país —en muchos otros también—, la demagogia sigue siendo una moneda devaluada que, a pesar de todo, circula en la política con excesiva facilidad. Otros dirán que el Gobierno predica una cosa y hace otra, y alguna razón tendrán. Pero, a pesar de parecer algo retrógrado, reducir las primas a la generación de energía eólica no sólo es un acierto sino que contribuirá a introducir

mayor racionalidad. En los años 20 del siglo pasado, una compañía alemana, la I.G. Farben, comenzó a fabricar combustibles sintéticos a partir del carbón basándose en los descubrimientos científicos del químico alemán Friedrich Bergius. El coste de producir un litro de ese nuevo combustible, que se llamó *leunabenzin*, era más de treinta veces superior a producir un litro de gasolina, pero la I.G. Farben siguió con su apuesta por dos razones. La primera, porque, hace ahora casi ochenta años, una gran parte del mundo creía que el petróleo estaba llegando a su fin. La segunda, porque Adolf Hitler vio en el nuevo combustible una forma de disminuir la dependencia energética alemana del exterior, y sobre todo una nueva forma de mover sin ningún límite su maquinaria de guerra para conquistar el mundo. El sueño de los dueños de la I.G. Farben duró simplemente porque se asentaba en una economía

de guerra. Los esquemas de subvenciones por razones de todo tipo se han ido reproduciendo en muchos países en diferentes fases de la historia energética. Así, desde hace mucho, los contribuyentes españoles subvencionan la producción de carbón nacional por razones "sociales y estratégicas". Después de la producción de carbón, la necesidad de construir el desarrollo sostenible ha abierto las puertas a energías 'limpias', necesarias para disminuir la dependencia del petróleo, reducir las emisiones de CO₂ y S₂O a la atmósfera y garantizar un grado de independencia energética. Aquí es donde hacen su entrada las energías renovables y, de nuevo, su desarrollo vuelve a precisar del sistema de incentivos o subvenciones. En estos momentos, producir un kilovatio eólico supone (incluidas las primas) algo más de doce pesetas. Si el kilovatio es solar (incluidas las primas) puede llegar a costar hasta sesenta pesetas, cuando la media de producción del sistema español está en el entorno de las siete pesetas. Y aquí es donde llega la gran paradoja: cuantos más kilovatios eólicos se pongan en marcha, más tendremos que pagar. Y si no, tendremos que ver otras alternativas como la nuclear (con sus problemas aún no resueltos), que parecen malditas y que muy pocos gobiernos se atreven a mencionar. Por mucho que la Directiva de la Comisión Europea incentive la puesta en marcha de nuevos megavatios eólicos, alguien tendrá que preguntarle en algún momento a los ciudadanos cuánto están dispuestos a pagar.

